

HACIA UN NEO-HUMANISMO CRISTIANO

N.M. Wildiers

Extracto de *Teilhard de Chardin*, Editions Universitaires, col. "Classiques du XXème siècle", 1960.

Teilhard de Chardin se había preguntado: «cómo [...] es posible conciliar, y luego alimentar el uno mediante el otro, el amor de Dios y el sano amor del Mundo, el esfuerzo de desapego y el esfuerzo de desarrollo».¹ Actualmente, una solución a este problema empieza a perfilarse para nosotros. A través del acercamiento entre la perspectiva científica y la perspectiva cristiana se constituye, por así decirlo, de manera espontánea un campo de acción en el que la actividad humana puede desarrollarse plenamente y alcanzar su mayor fuerza de expansión.

En los siglos pasados, la actividad humana parecía a menudo desgarrada en dos direcciones diferentes: el llamado de la tierra y el de Dios parecían excluirse mutuamente.

Ciertamente, en la conciencia cristiana no había, estrictamente hablando, oposición entre estos dos llamados. La primera palabra dirigida por Dios al hombre en la Biblia fue precisamente una invitación a cumplir la tarea terrenal con dedicación: «Poblad la tierra y dominadla»². Sin embargo, en la vida concreta del cristiano persistía una cierta tensión entre las ocupaciones terrenales y profanas, que absorbían la mayor parte del día, y los momentos raros y sublimes en los que el hombre se volvía verdaderamente, en adoración y con amor, hacia Dios. Los maestros de la vida espiritual nos enseñaban que podíamos atenuar en cierta medida esta tensión realizando nuestro trabajo profano por amor a Dios y obedeciendo su voluntad, utilizándolo como un medio de olvido de sí mismo y consagrándolo mediante la recta intención. Todo esto era completamente exacto. Y, sin embargo, un punto permanecía oscuro: la manera en que el trabajo podía consagrarse interiormente, pues la consagración que se quería otorgarle seguía siendo completamente exterior. Toda aspiración a la ciencia, a la belleza y a la justicia, a la edificación y al enriquecimiento de la vida terrenal continuaba perteneciendo al orden profano, y este término tenía una cierta connotación peyorativa.

Sin embargo, esta tensión queda definitivamente superada a los ojos de quien reconoce a Cristo como el fin último y la culminación, no solo del orden sobrenatural, sino también del orden natural (tesis que se sostiene muy bien desde el punto de vista teológico), o, como hacía Teilhard de Chardin, a los ojos de quien da a esta concepción una expresión aún más concreta al atribuir a Cristo el lugar señalado en nuestro plan del mundo por el punto Omega. En efecto, partiendo de este punto de vista, el cristiano puede, más que antes, prestar plenamente su atención y consagrar sus esfuerzos a las misiones terrenales, tanto a las tareas económicas y sociales como a las de orden científico y artístico, con la convicción de que poseen en última instancia una orientación interna hacia Cristo y hacia Dios, y que tienen así, en el conjunto del orden cristiano del mundo, un valor de consagración. Considerada desde este ángulo, la vida del cristiano adquiere una unidad grandiosa e impresionante, en la que tanto las preocupaciones terrenales como la aspiración sobrenatural reciben su lugar exacto y donde su coherencia interna adquiere su pleno significado.

Puesto que, a los ojos del cristiano, el verdadero fin último de la historia consiste en la realización del Cristo integral, y que la edificación de la comunidad en una conciencia colectiva más elevada representa a tal efecto una condición indispensable (aunque insuficiente), se sigue que todo esfuerzo

¹ El Medio Divino, Vol. 4.

² Gen. 1,28.

humano que contribuya en alguna medida a la ascensión de la humanidad hacia ese fin se orienta en último término también hacia la venida del Reino, al que la Escritura nos llama a dirigir.

La aspiración a la unión con Dios y la fe en nuestro destino divino ya no nos apartan de nuestra tarea terrenal, ni nos alejan de la obra que debemos realizar en este mundo.

Muy al contrario, el amor de Cristo se convierte en la gran fuente de inspiración de nuestra actividad; este trabajo es necesario y está orientado interiormente hacia Cristo. «Así, artistas, obreros, sabios, cualquiera que sea nuestra función humana, podemos, si somos cristianos, lanzarnos hacia el objeto de nuestro trabajo como hacia una salida abierta a la suprema plenitud de nuestro ser».³ Lejos de apartar nuestra atención de la tarea terrenal o de favorecer la indiferencia respecto al trabajo de los hombres, el cristianismo bien comprendido significaría, por el contrario, un estímulo sin igual e insuperable para cumplir adecuadamente nuestras tareas terrenales y otorgaría a todo esfuerzo humano su consagración más elevada. Esta serie de ideas contiene una teología completa y profunda del trabajo humano.

Teilhard es consciente de adherirse plenamente en todo esto a la doctrina más auténtica de la Iglesia: «No hago otra cosa [...] que transcribir en términos de realidad física las expresiones jurídicas en las que la Iglesia ha depositado su fe».⁴ A veces se ha afirmado que, en esta presentación de las cosas, la distinción entre el orden natural y el orden sobrenatural no se expresa con suficiente claridad, como si la realización de la unión sobrenatural de todos los cristianos en el Cuerpo místico fuera la consecuencia de la culminación natural de la humanidad en una unión superior. Sin embargo, tal presentación estaría en completa contradicción con los comentarios más explícitos de Teilhard de Chardin. «A las diversas construcciones naturales no les atribuyo ningún valor definitivo y absoluto. No amo en ellas su forma particular, sino su función, que es construir misteriosamente, primero lo divinizable —y luego, por la gracia de Cristo que se posa sobre nuestro esfuerzo, lo divino...».⁵ Para él, la culminación natural de la humanidad solo tiene un papel preparatorio, aunque indispensable; «...Cristo necesita encontrar una Cumbre del Mundo para su consumación, así como necesitó encontrar a una Mujer para su concepción».⁶ La gratuidad de la salvación, al igual que la de la Encarnación, queda plenamente mantenida en su concepción.

Desde esta perspectiva, por tanto, la vida del cristiano adquiere una unidad profunda y orgánica tanto en su dimensión terrenal como celestial. Se hace posible orientarse enteramente hacia Dios y, al mismo tiempo, dedicarse con todas sus fuerzas al progreso de la Tierra. Desde este ángulo, se vuelve posible amar la Tierra sin traicionar nuestra vocación celestial. «Antaño parecía no haber más que dos actitudes geoméricamente posibles para el hombre: amar el Cielo o amar la Tierra. He aquí que, en el espacio nuevo, se descubre una tercera vía: ir al Cielo a través de la Tierra. Hay una Comunión (la verdadera) con Dios por medio del Mundo.»⁷ «Sin desviarse hacia ningún naturalismo o pelagianismo, el devoto descubre que puede y debe, tanto y más que el incrédulo, apasionarse por un Progreso de la Tierra requerido para la consumación del Reino de Dios.»⁸

Lejos de alienar al hombre de sí mismo, como sostiene el marxismo, la religión, considerada de este modo, se convierte en la fuente suprema de energía espiritual, de la que podemos extraer la fuerza

³ El Medio Divino, Vol. 4.

⁴ Como yo creo, Vol. 10.

⁵ Carta al padre Aug. Valensin, citada en El Medio Divino Vol. 4.

⁶ Como yo creo, Vol. 10.

⁷ Como yo creo, Vol. 10.

⁸ Las direcciones del futuro, Vol. 11.

para cumplir nuestra tarea terrenal lo más perfectamente posible. «Solo el cristiano (y esto en la medida en que se impregna de las propiedades humano-divinas del Cristo-Universal) se encuentra hoy en condiciones de hacer frente a los complejos llamados de la Naturaleza y de la Gracia mediante un acto increíblemente rico y simple, mediante un acto completamente sintético, en el que se unen, se corrigen y se exaltan mutuamente el espíritu de desprendimiento y el espíritu de conquista; el espíritu de tradición y el espíritu de búsqueda aventurera; el espíritu de la Tierra y el espíritu de Dios.»⁹

Así, el cristiano está más y mejor equipado que nadie para emprender con entusiasmo y confianza la tarea que tenemos que realizar en este mundo. Más que cualquier otro, puede corresponder con amor al llamado de la Tierra, que nos invita a culminar la obra comenzada en ella. Para él, la amenaza del *taedium vitae*, del desaliento y de la desesperación queda definitivamente superada. Lejos de significar un debilitamiento o una limitación de nuestro esfuerzo, la fe en Cristo constituye el estímulo más poderoso para trabajar con confianza en la edificación del futuro. A medida que el amor de Dios y de Cristo se hace más fuerte en él, podrá aspirar también, con mayor entrega y mayor abnegación, a nuestras esperanzas terrenales, convencido de que, al hacerlo, contribuye así a acercar el Reino de Dios en este mundo. Para él, el trabajo y el esfuerzo se han convertido en una comunión con Dios a través del mundo: «En un universo en cuyo seno todo concurre a la formación gradual del espíritu que Dios eleva hacia la unión final, toda obra adquiere, en su realidad tangible, un valor de santidad y de comunión.»¹⁰

De las consideraciones precedentes se desprende claramente qué santificación y consagración pueden atribuirse al trabajo humano. Esto no se aplica únicamente a nuestras actividades individuales. En efecto, incluso el trabajo más sencillo y humilde que realizamos cada día representa una valiosa contribución al progreso último de la humanidad. Está el trabajo del obrero, del ingeniero y del empresario; está el trabajo de la madre, de la enfermera y de la trabajadora social; está el trabajo del maestro, del médico y del funcionario: en último término, todo está puesto al servicio del espíritu y del futuro. Todas estas misiones, y tantas otras, encuentran su sentido dentro del conjunto mayor y están orientadas interiormente hacia la edificación del Reino de Dios.

Pero no sólo existen las tareas y misiones individuales, sino también las grandes empresas colectivas a las que se enfrenta la humanidad actual. Parece que la humanidad de hoy está dominada por una pasión, hasta ahora desconocida, por el trabajo creador en todos los ámbitos, como si de pronto hubiera tomado conciencia no sólo de su fuerza y de sus posibilidades, sino aún más de su responsabilidad ante el futuro y el cosmos. Un nuevo horizonte de tareas y misiones se le ha presentado de repente. Una gran esperanza, una gran expectativa, una pasión sin igual por el trabajo se han apoderado de nosotros y animan la parte más dinámica y más noble de la humanidad.

En el plano científico y social, se llevan a cabo investigaciones y trabajos con un ardor y una pasión sin igual por parte de miles y decenas de miles de los mejores y más dotados de entre nosotros. Y este celo y esta pasión no están inspirados tanto por el deseo de conservación ni por el interés personal, sino mucho más por una preocupación ética elevada, que nos impulsa a aspirar con todas nuestras fuerzas a una verdad, una belleza y una justicia siempre mayores. «El apoyo moral buscado en la conciencia de hacer crecer el Mundo haciendo crecer la Humanidad tiende a convertirse en un

⁹ Las direcciones del futuro, Vol. 11.

¹⁰ La energía humana, Vol 6.

resorte normal y habitual de toda acción humana.»¹¹ Como hombres y cristianos no podemos concebir sino respeto y admiración por la gran aspiración colectiva que se ha apoderado de la humanidad actual. Más aún: si somos conscientes de las exigencias que el cristianismo nos impone, trataremos de participar plenamente en esa aspiración y de experimentar tan profundamente como cualquiera la pasión de colaborar en las tareas grandiosas que el hombre de hoy se ha propuesto. En efecto, como cristianos deberíamos precisamente tomar la delantera en las aspiraciones más nobles que se encuentran actualmente en la humanidad.

La oposición entre el partido de los Hombres y el partido de Dios es artificial y, para Teilhard de Chardin, resultaba completamente impensable. Nadie más que él ha experimentado interiormente la pasión por el progreso de la humanidad a través de la ciencia y de la acción social, y en él esta pasión era precisamente estimulada y sublimada por su amor a Cristo. Ciertamente, esto no siempre ha sido así entre los cristianos. Él lo reconoce abiertamente: «Seamos francos. En el fondo, la Iglesia nunca ha comprendido como lo hacemos ahora el noble orgullo humano, ni la pasión sagrada de la investigación, estos dos elementos fundamentales del Pensamiento moderno.»¹² Su mensaje más importante a sus hermanos en la fe fue precisamente este: que deben entregarse con todas sus fuerzas a la tarea terrenal y buscar por esa vía su salvación eterna. Debemos vencer definitivamente el error anterior y demostrar con nuestra actitud hasta qué punto la religión puede ser un estímulo para el verdadero progreso de la humanidad. No basta con permanecer en la expectativa; menos que nadie tiene el cristiano derecho a convertirse en víctima «del demonio del inmovilismo».¹³ Con entusiasmo y dedicación debe colaborar al progreso en todos los ámbitos.

La actitud ante la vida que Teilhard de Chardin propone presenta así un carácter eminentemente dinámico: «Probarlo todo y llevarlo todo hasta el límite en la dirección de la mayor conciencia: tal es, en un Universo reconocido como en estado de transformación espiritual, la ley general y suprema de la moralidad. Limitar la fuerza (a menos que sea para obtener por ello aún más fuerza) es el pecado.»¹⁴ En esta misma línea, él ve también una floración de las virtudes evangélicas orientadas hacia una creciente elevación espiritual: «*Amaos los unos a los otros. ¿Se limita esta disposición esencialmente cristiana a aliviar, una a una, las penas de nuestros hermanos? ¿O no exige más bien desarrollarse en una simpatía activa hacia el gran Cuerpo humano, de modo no sólo de curar sus heridas, sino de compartir sus angustias, sus esperanzas, todos los crecimientos aún esperados de él por la creación?* »¹⁵ La caridad cristiana representa más que una gota de bálsamo sobre los sufrimientos del prójimo. Es la gran fuerza universal que nos sostiene y nos impulsa en nuestra aspiración a realizar plenamente nuestra existencia humana. Constituye la verdadera fuente de energía que el hombre necesita para llevar a cabo su tarea hasta el final.

En el ámbito de la ética se ve claramente cómo Teilhard de Chardin recurre al mismo método, a saber, el de situar cada problema en un marco más amplio, el del conjunto. Intenta siempre considerar al hombre y todos los aspectos de la vida humana en sus dimensiones cósmicas, en sus relaciones y en su coherencia con el gran proceso histórico en el que estamos implicados y del que hemos llegado a ser colaboradores conscientes y activos, y aún más, responsables.

¹¹ Las direcciones del futuro, Vol. 11.

¹² Ibid.

¹³ El porvenir del Hombre, Vol 5.

¹⁴ La energía humana, Vol 6.

¹⁵ Las direcciones del futuro, Vol. 11.

Así considerada, la ética representa más que un conjunto de prescripciones que regulan las relaciones interhumanas. Es ante todo una toma de conciencia del lugar que ocupamos en el cosmos y de la tarea que debemos realizar en él. La ética cristiana también es susceptible de una transposición al plano cósmico y puede encontrarse plenamente a gusto en él sin abandonar ningún rasgo de su esencia propia. Más aún: en la visión cristo-cósmica desarrollada por Teilhard de Chardin, adquiere un nuevo esplendor y una nueva belleza.

«Adorar, en otro tiempo, era preferir a Dios a las cosas, refiriéndolas a Él y sacrificándolas a Él. Adorar, ahora, se convierte en entregarse en cuerpo y alma al acto creador, asociándose a él para completar el Mundo mediante el esfuerzo y la investigación.

«Amar al prójimo, en otro tiempo, era no hacerle daño y curar sus heridas. La caridad, ahora, sin dejar de ser compasiva, se consumará en la vida entregada al avance común.

«Ser puro, en otro tiempo, era principalmente abstenerse, guardarse de las manchas. La castidad, mañana, se llamará sobre todo sublimación de las fuerzas de la carne y de toda pasión.

«Estar desapegado, en otro tiempo, era no interesarse por las cosas y tomar de ellas lo menos posible. Estar desapegado será, cada vez más, superar sucesivamente toda verdad y toda belleza por la fuerza precisamente del amor que se les tiene.

«Estar resignado, en otro tiempo, podía significar aceptación pasiva de las condiciones presentes del Universo. Estar resignado, ahora, ya no será permitido sino al luchador desfalleciente entre los brazos del Ángel.»¹⁶

* * *

En los últimos meses de su vida, Teilhard de Chardin se propuso escribir un ensayo que habría llevado por título Humanismo y Humanismo. La idea central que quería desarrollar en él la expuso en una carta del 30 de marzo de 1955 dirigida a Jeanne Mortier.¹⁷ Según él, había que distinguir dos formas de humanismo. En primer lugar, estaba *el antiguo humanismo de inspiración griega*, que tenía como objetivo principal proporcionar al hombre la mayor realización posible (Platón, el Renacimiento). Frente a este humanismo superado, al que muchos de nuestros contemporáneos siguen aferrados, se perfila ahora un nuevo humanismo: «Un neo-humanismo evolutivo, dominado por la convicción de que existe un *Ultra-humano*».¹⁸ Los griegos soñaban con el hombre armoniosamente desarrollado; nosotros soñamos ahora con el hombre plenamente evolucionado, con el hombre que se eleva por encima de sí mismo para alcanzar su verdadero objetivo en ese ser sobrehumano «Humanismo del Cosmos, anticuado, superado, —y en vías de ser sustituido por un Humanismo de la Cosmogénesis».¹⁹

Teilhard de Chardin ya no pudo escribir el ensayo que se había propuesto, pero, en cierto sentido, se podría decir que, en definitiva, toda su obra no fue más que un intento constante por examinar este nuevo humanismo en todos sus aspectos. Ayudado por su extraordinario conocimiento de las ciencias naturales contemporáneas y por su rica receptividad y sensibilidad hacia las tendencias espirituales de nuestro tiempo, intentó describir la fisonomía espiritual del nuevo ideal de la humanidad, cuyos signos premonitorios ya se manifiestan claramente a nuestro alrededor. Este nuevo ideal de la humanidad, aunque fuertemente arraigado en el conocimiento del pasado, está

¹⁶ Como yo creo, Vol. 10.

¹⁷ Lettres à Jeanne Mortier, Le Seuil, 1984.

¹⁸ Ibid.

¹⁹ Ibid.

totalmente orientado hacia el futuro y hacia la conquista de una fase superior en el gran proceso histórico en el que estamos inmersos: «Un nuevo humanismo está surgiendo por doquier, fruto de un irresistible juego de reflexión compartida: un humanismo que ya no se basa en el equilibrio, sino en el movimiento, en el que ningún valor podría subsistir —*ni siquiera, y sobre todo, en materia de religión*— a menos que se le dé cabida a la existencia y se acepten las exigencias de un futuro cósmico ultra-humano».²⁰

La confrontación de este nuevo humanismo con la concepción cristiana de la vida constituye la originalidad de Teilhard de Chardin. Aunque a los ojos de los profanos fuera ante todo un hombre de ciencia, preocupado por el progreso de su especialidad, en lo más profundo de su ser fue, en primer lugar y por encima de todo, un pensador religioso irresistiblemente atraído por los problemas que este nuevo humanismo plantea a la cristiandad. Hemos visto de qué manera se esforzó por integrar este nuevo humanismo en el cristianismo. No sin cierto fondo de verdad, el Dr. Chauchard pudo escribir: «Lo nuevo en Teilhard no son ni los hechos científicos ni las concepciones religiosas, sino el hecho de que esos dos mundos, el de la ciencia y el de la fe, que a la mayoría de nuestros contemporáneos les parecen, si no hostiles, al menos separados, para él no eran más que uno solo, en una admirable armonía de pensamiento y de vida».²¹ Con esta aspiración a la unión y la síntesis de la religión y la cultura, sigue plenamente la línea de la tradición católica.

* * *

Un neo-humanismo cristiano: esa era la aspiración y la esperanza de Teilhard de Chardin, una aspiración y una esperanza que marcaron su vida.

Ya de joven, cuando era sacerdote, se había propuesto dedicar su vida a esa tarea y, en las trincheras del frente, durante la Primera Guerra Mundial, escribió estas palabras:

«Me gustaría ser, Señor, por mi parte, por muy humilde que sea, el apóstol y (si me permites decirlo) el evangelista de tu Cristo en el Universo. - Quisiera, mediante mis meditaciones, mi palabra y la práctica de toda mi vida, descubrir y predicar las relaciones de continuidad que hacen del Cosmos en el que nos movemos un medio divinizado por la Encarnación, que se diviniza por la Comunión y que puede ser divinizado por nuestra cooperación...

«A aquellos a quienes deslumbra la nobleza del esfuerzo humano, quiero afirmar en nombre de Cristo que el trabajo de los hombres es sagrado, sagrado en la voluntad que somete a Dios, y sagrado en la gran obra que elabora, en el curso de sus infinitos tanteos: la liberación natural y sobrenatural del espíritu.

«A aquellos que son cobardes, tímidos, infantiles o estrechos de miras en su religión, quiero recordarles que Cristo exige el desarrollo humano para su Cuerpo, y que existe, frente al Mundo y a la Verdad, un deber absoluto de Búsqueda».²²

Es evidente para todos que se mantuvo fiel hasta el último día de su vida al programa que se impuso en su juventud. Pocas veces una vida humana se ha caracterizado por una idea tan central, y la forma en que cumplió su misión convierte su obra y su testimonio en uno de los acontecimientos espirituales más destacados de nuestro siglo.

²⁰ Como yo creo, Vol. 10.

²¹ Dr Paul Chauchard, *Teilhard de Chardin, l'humaniste socialiste et la réconciliation des Humanismes*, in "Synthèses", n°169-170, juin-juillet 1960, p.331.

²² El sacerdote, in *Escritos del tiempo de la guerra*, Vol. 12.